

Francisco Coll, Apóstol de la Palabra



3

Biografía de Francisco Coll



Biografía de Francisco Coll

INFANCIA Y FORMACIÓN

Francisco Coll nació en Gombrèn, pueblecito de la comarca del Ripollés, de la diócesis de Vic y provincia de Gerona. Hijo de Pedro Coll, de oficio cardador de lana, y Magdalena Guitart.

Francisco quedó huérfano de padre cuando tan sólo tenía cuatro años. Al cumplir los 10, fue encaminado por su madre al seminario de Vic. El seminario gozaba del reconocimiento oficial del Estado para sus estudios. Como la mayoría de los niños que no podían pagar un hospedaje, Francisco estaría en una Masía de Puigseslloses, a cambio de dar instrucción a los niños de la casa.

Con inclinación clara al sacerdocio, fue precisando su vocación durante los cinco años de estudios humanísticos y el trienio filosófico.

Hacia 1827, él mismo nos cuenta que pasando por la Rambla de Santa Teresa un desconocido le dijo: "Tu Coll, debes hacerte dominico". Ese pensamiento no lo pudo apartar de su mente en adelante y lo estuvo meditando durante unos años.

En el año 1830 y coincidiendo con el final de la filosofía, Francisco pidió el ingreso en el convento de Santo Domingo de Vic, pero fue encaminado al convento de Gerona, donde fue recibido. Durante el curso 1830-1831, hizo su noviciado y después se dedicó al estudio de la teología fundamental. Siguió sus estudios hasta finalizar el curso 1834-1835.

FRAILE EXCLAUSTRADO

El 1835 tuvo lugar en España la exclaustación general impuesta por

- 18-05-1812.** Nace en Gombrèn (Gerona)
- 19-05-1812.** Es bautizado en la iglesia de Gombrèn
- 01-04-1816.** Fallece su padre
- 17-08-1818.** Es confirmado en Ripoll
- 1822-1830.** Estudia Latín y Filosofía en Vic
 - 1830.** Hace su Noviciado de Dominico en Gerona
 - 1831.** Profesión religiosa
- 1831-1835.** Estudia Teología en Gerona
 - 1833.** Recibe órdenes menores
 - 1835.** Se ordena de Diácono en Barcelona
- 07-08-1835.** Sale exclaustado de Gerona
- 1836-1837.** Termina estudios de Teología, en Vic
- 28-05-1836.** Es ordenado sacerdote, en Solsona
 - 1839.** Vicario Parroquial en Artés
- 1839.1849.** Vicario en Moià
 - 1848.** Es nombrado "*Misionero apostólico*"
 - 1850.** Director de la Orden Seglar, Cataluña
 - 1852.** Publica "*La Hermosa Rosa*"
 - 1854.** Atiende a los coléricos de Moià
 - 1856.** Fundación de las Dominicas de la Anunciata
 - 1875.** Fallece el 2 de abril en Vic.
 - 1979.** El 29 de abril es Beatificado por Juan Pablo II

HACIA LA CASA DEL PADRE

El P. Francisco Coll permaneció fiel a su tarea de la predicación itinerante mientras sus fuerzas se lo permitieron. El 2 de diciembre de 1869, unos días antes de inaugurarse el concilio Vaticano I, predicaba una novena en Sallent y, un ataque de apoplejía le dejó totalmente ciego, pero no se derrumbó, ciego y todo, continuó el novenario hasta el último día. Unos meses más tarde recuperó algo de vista y siguió predicando. La enfermedad le rindió totalmente en febrero de 1872. Tres años más tarde, el 2 de abril de 1875, entregaba su alma a Dios.

“Su vida fue una vida perfecta, adornada de celo, incansable en los casi 30 años que recorrió Cataluña misionando y que hicieron su nombre popular y venerado. Humilde por nacimiento y no menos por elección, se veía en él la despreocupación por los aplausos, y su voz atronadora cual trompeta evangélica en las iglesias rurales y en las basílicas, sonó siempre con total sencillez, tan característica en él”. “El Santísimo Rosario, lo que equivale a decir las alabanzas a María, fue su tema inagotable”. (P. Francisco Enrich, OP).

Como su contemporáneo el P. Lacordaire, obró convencido de que los tiempos más duros son los más propicios para la siembra.

Fue **BEATIFICADO**, el día 29 de abril de 1979, por su SANTIDAD JUAN PABLO II.

P. Vito T. Gómez

las leyes civiles.

Francisco, ordenado diácono, pudo salir pacíficamente del convento la noche del 7 de agosto de 1835. Se esperaba un pronto retorno, pero el desarrollo de los acontecimientos les demostraba que la excomunión iba a tener larga vigencia.

Francisco no pudo regresar ya más al convento, sin embargo tenía el compromiso de fidelidad a la vocación religiosa dominicana, que se esforzó por mantener con todas sus fuerzas.

El curso 1835-1836 termina en el seminario de Vic los estudios de Teología. En 1836 fue ordenado sacerdote en Solsona.

Pasó un tiempo acogido a la hospitalidad de la familia de Puigseslloses, En aquella casa de campo había encontrado un segundo hogar desde los primeros años de seminarista.

Ayudaba al sacerdote de Folgarolas y celebraba los domingos en la ermita de Sant Jordi, pero deseaba realizar un ministerio de mayor compromiso. Ya que la ley de excomunión se alargaba, trataría con el Vicario provincial de los Dominicos sobre el camino a seguir. Hacia 1839 ofreció sus servicios al Obispo de Vic y fue enviado como coadjutor a Artès y unos meses más tarde a Moià, de la comarca del Bages.

EN EL MINISTERIO PARROQUIAL

En la parroquia de Moià derrochó inteligencia, corazón y celo apostólico. El pueblo estaba dividido por odios y deseos de venganza a causa de los asaltos y muertes causadas por el ejército carlista. En aquellas tristes circunstancias a Francisco, de 27 años de edad, le correspondía procurar una armonía entre sus feligreses que no podía brotar de otra fuente más que del perdón cristiano. Fue tal su influencia que llegaron a llamarle “ángel de paz”. Muchos testigos afirmaron que al P. Coll se debió que no hubiera en el pueblo venganzas personales.

Francisco se fue abriendo a una acción apostólica cada vez más amplia, dio ejercicios y misiones por diferentes lugares. Recorrió pueblos y ciudades como verdadero misionero apostólico, con la mira puesta en la imitación de Jesucristo y Santo Domingo.

MISIONERO POPULAR

El P. Coll, dio muestras de su atractivo por la predicación desde niño. En el convento de Gerona no pasaron desapercibidas sus dotes de predicador. Francisco, realmente, estaba dotado de grandes cualidades para la predicación. Era robusto, tenía una voz potente que modulaba con facilidad, sabía conectar con el auditorio, exponiendo la doctrina con profusión de ejemplos y comparaciones. Animado de un celo apostólico de la mejor ley, era un teólogo contemplativo, que acudía constantemente a revitalizar su tarea en las fuentes de la vida cristiana.

Oraba largas horas, estudiaba, cumpliendo fielmente las Constituciones dominicanas, escribía esquemas de sermones y libros. Se le puede considerar el gran apóstol del rosario en la Cataluña del siglo XIX.

Prefería la sencillez y la dulzura en su misionar, pasaba largos ratos dedicado al ministerio del sacramento de la penitencia, visitaba enfermos y encarcelados. No aceptaba retribución económica por su tarea, sólo un alimento pobre para vivir en sobriedad. Misionó formando equipo con diferentes sacerdotes, que le estimaron por su ciencia, celo y trato amable. El obispo de Urgel, Mn. Guardiola, decía de él: “El que hace verdaderos prodigios es el buen P. Coll, y no sé cómo componer a los que me lo piden. En el día hace un largo novenario en Castellbó, y hasta de diez horas acuden las gentes a oírle y hacen su confesión general. Los pueblos, verdaderamente, tienen hambre de la divina Palabra, y cuando encuentran algo que les hable al corazón, se rinden y cambian de vida. Dios nos dé muchos hombres apostólicos como el P. Coll, y Dios nos volverá a la paz, que tanto necesitamos”.

FUNDADOR DE LAS DOMINICAS DE LA ANUNCIATA

El P. Coll, en contacto con las gentes de su tiempo, captó la

necesidad de la enseñanza como una de las tareas más urgentes de la época. Lo decía él mismo al Vicario general de la Orden de Predicadores: “Habiéndome dedicado muchos años, como misionero apostólico y dominico exclaustrado a la predicación, dando misiones y haciendo novenarios y misiones en el principado de Cataluña, observé que una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos era la ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa. Esto me indujo a discurrir cómo podía yo cooperar a la salvación de tantas almas que se perdían por dicha causa, y Dios Nuestro Señor me dio a entender que uno de los medios más a propósito, sería la fundación de una Congregación o Instituto de Hermanas Terciarias Dominicanas, que tuviese por oficio la enseñanza de las niñas en los pueblos y ciudades”. (Carta al P. José M^a Sanvito, 1873).

Los momentos no eran propicios para un desarrollo de la vida religiosa por cauces de normalidad. Los frailes seguían sin poder vivir en comunidad, ni usar el hábito religioso.

El P. Coll, maduró largamente su propósito, valiéndose de la oración y de la consulta a superiores y personas de confianza. Cuando tuvo la certeza de que era una obra querida por Dios, nada le impidió llevarla adelante, aunque le sobraron contrariedades y pruebas. Tenía la certeza de que Dios estaba apoyando el proyecto.

En agosto de 1856 reunió un grupo de jóvenes, deseosas de consagrarse a Dios y a sus semejantes en el ministerio de la enseñanza, la mayoría de ellas eran pobres y tenían dificultades económicas para ingresar en otras congregaciones.

El grupo de siete reunido en el Call Nou de Vic sería la primera piedra de la Congregación de Dominicanas de la Anunciata.

Pronto se extendieron por Cataluña, provistas en buen número de títulos de Magisterio, y con numerosas plazas de maestras ganadas por oposición.

El P. Coll estaba firmemente convencido de que se trataba de una obra de Dios, amparada de un modo especial por la Virgen del Rosario y dada al mundo por los méritos de Santo Domingo. Hoy sigue su andadura, extendida por el mundo, tal como había soñado su Fundador.